

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio al ataque aéreo a gran escala perpetrado por la Federación Rusa contra Ucrania en la madrugada del 22 de octubre de 2025, que involucró el lanzamiento de más de 400 drones y decenas de misiles contra ciudades y regiones civiles, provocando la muerte de al menos seis personas, entre ellas dos niños y un bebé de seis meses, e hiriendo a decenas más.

Asimismo, la Honorable Cámara expresa su solidaridad con el pueblo y el gobierno de Ucrania, víctimas de una agresión militar injustificada que atenta contra la paz, la soberanía y los principios fundamentales del derecho internacional. Exhorta a la comunidad internacional a intensificar los esfuerzos diplomáticos, políticos y económicos necesarios para poner fin a la guerra y restaurar un orden mundial basado en la libertad, la justicia y el respeto a la vida humana.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

El ataque aéreo ejecutado por la Federación Rusa contra Ucrania en la madrugada del 22 de octubre de 2025 representa una nueva y dolorosa página en la crónica de una guerra que, desde febrero de 2022, ha desafiado los límites morales, jurídicos y políticos del sistema internacional contemporáneo. El lanzamiento coordinado de más de 400 drones y decenas de misiles sobre diversas regiones —incluidas Kiev, Cherníguiv, Dnipropetrovsk, Zaporíyia, Cherkasy y Odesa— no fue un acto de guerra convencional, sino una demostración de poder sin propósito estratégico legítimo, dirigida a quebrar el espíritu civil de una nación que resiste la agresión más cruda del siglo XXI.

En el siglo de la información y la interdependencia global, este tipo de agresión no solo busca destruir infraestructuras o neutralizar capacidades militares: busca disciplinar políticamente. Busca, en términos politológicos, imponer una narrativa de dominación mediante el terror y la fatiga social. Lo que se pretende es hacer de la guerra un instrumento pedagógico de sometimiento. Y esa pedagogía del miedo, que tanto conocimos en otras latitudes y en otros tiempos, es incompatible con la idea de la libertad que defendemos quienes creemos en el individuo como fundamento de la república y del derecho.

La libertad, en este contexto, no es una categoría abstracta o romántica: es una arquitectura política que protege a las personas de los abusos del poder. Por eso, el conflicto en Ucrania no puede ser leído únicamente como un enfrentamiento geopolítico entre Estados; es, sobre todo, una disputa entre dos modelos civilizatorios: el de la autocracia imperial, que subsiste por la fuerza, y el de la república liberal, que subsiste por el consenso. No se trata de una guerra lejana: se trata de la frontera contemporánea entre la servidumbre y la libertad.

Cuando Rusia bombardea hospitales, jardines de infantes y plantas energéticas, no está atacando únicamente al Estado ucraniano: está atacando el principio mismo de autodeterminación de los pueblos, base moral de toda comunidad internacional moderna. Las víctimas civiles, entre ellas un bebé de seis meses y dos niños, no son daños colaterales: son símbolos

involuntarios de una tragedia que denuncia el fracaso ético del autoritarismo como proyecto político.

La política internacional contemporánea atraviesa una crisis de sentido. La guerra de Ucrania, como antes Siria o Georgia, nos recuerda que el orden mundial liberal, construido tras la Segunda Guerra, se halla bajo ataque. Y no solo por la acción militar de una potencia revisionista, sino por la indiferencia de quienes, atrapados en un nihilismo confortable, renuncian a distinguir entre agresor y agredido. La neutralidad ante el horror no es prudencia; es complicidad.

La Argentina, como nación que supo sufrir intervenciones externas, golpes autoritarios y dictaduras, no puede mirar hacia otro lado cuando un pueblo es bombardeado por el solo hecho de querer vivir libremente. Nuestra historia, signada por el anhelo de independencia, nos impone una posición clara. Defender a Ucrania no es defender un bloque o una potencia: es defender el principio de soberanía, que es también el principio de dignidad.

En el tablero geopolítico actual, el régimen ruso representa una concepción premoderna del poder: un Estado sin límites, una voluntad sin derecho. Su política exterior no responde a la lógica del equilibrio, sino a la nostalgia del imperio. Por eso, los ataques contra la infraestructura energética ucraniana no solo buscan debilitar militarmente a un adversario, sino sumir a la población civil en el invierno y la oscuridad. Es la reedición moderna de un viejo método: la guerra total. La que no distingue entre soldados y ciudadanos, entre objetivos militares y hogares.

Este acto de barbarie ocurre en un mundo que, paradójicamente, nunca tuvo tanta información ni tan poca conciencia. Las imágenes de los edificios incendiados y los niños evacuados recorren las pantallas del planeta en tiempo real, pero la saturación de estímulos produce anestesia moral. Frente a esa anestesia, la política —cuando aún se atreve a ser una ética del coraje— tiene el deber de pronunciarse.

No existe libertad individual posible sin orden internacional. Y no hay orden internacional posible si se tolera que un Estado soberano invada, destruya y asesine sin consecuencias. La comunidad de naciones se construye sobre la responsabilidad compartida de limitar el poder, incluso cuando ese poder se reviste de discurso patriótico o de falsa defensa de la identidad nacional.

La verdadera identidad nacional no se defiende destruyendo otras naciones, sino afirmando principios universales. Por eso, este repudio no es un gesto diplomático más: es una afirmación de valores. Es declarar que la Argentina pertenece, por historia y por convicción, al lado de las naciones que creen en la libertad política, el respeto al derecho internacional, la dignidad humana y la paz como resultado del equilibrio entre soberanías libres.

Desde una mirada politológica, el conflicto ruso-ucraniano expresa una transición de época. El siglo XXI está dejando atrás las promesas del fin de la historia y revelando el retorno de los regímenes iliberales que combinan tecnología con represión, nacionalismo con expansión militar y censura con manipulación informativa. Frente a ese fenómeno, las democracias deben reencontrar su vocación de resistencia. El liberalismo, en tanto doctrina de límites, necesita volver a recordar que su fuerza reside en la defensa del individuo contra la voluntad del Leviatán.

Ucrania, con su resistencia, encarna esa defensa. No se trata de una lucha por territorios, sino por sentido: la afirmación de que cada

nación tiene derecho a elegir su destino sin que la historia o la geografía le impongan la sumisión.

La libertad política es, en última instancia, la traducción institucional del valor moral de la vida. Y la vida no admite tutelas. Por eso, cuando los misiles rusos caen sobre un hospital, no solo se destruye un edificio: se destruye un principio. El principio que nos recuerda que ningún poder —ni el del Estado, ni el de un líder, ni el de una ideología— puede arrogarse el derecho de decidir quién vive y quién muere en nombre de una causa nacional.

El presidente Zelenski ha pedido, una y otra vez, mayor presión internacional. No como un acto de desesperación, sino como una apelación a la coherencia. Porque la libertad, cuando se defiende solo con palabras, se convierte en un decorado retórico. Y cuando se la defiende con hechos, se convierte en historia.

La Argentina, como miembro activo de la comunidad internacional, tiene la obligación política y moral de condenar esta agresión, de exigir respeto a la Carta de las Naciones Unidas y de reafirmar su compromiso con la solución pacífica de los conflictos. No hacerlo implicaría resignar un capital simbólico que nos costó generaciones construir.

En un tiempo donde la política parece reducirse a la administración de la urgencia, es imprescindible recordar que los gestos importan. Que declarar el repudio a una guerra injusta no es un formalismo diplomático, sino un acto de afirmación moral. La política, cuando se vuelve cínica, se suicida; cuando se vuelve cobarde, se degrada. Solo cuando se atreve a ser justa, aún en minoría, se vuelve digna de su nombre.

Este proyecto no pretende intervenir en un conflicto lejano, sino reafirmar una identidad nacional comprometida con los valores universales de la libertad. Argentina no puede ser neutral ante el crimen. No puede, porque sabe —por memoria y por historia— que la neutralidad ante el totalitarismo siempre termina siendo una forma de sumisión.

Por todo lo expuesto, solicito la aprobación del presente Proyecto de Declaración, convencido de que la defensa de Ucrania es, en última instancia, la defensa del principio mismo que da sentido a toda república: el derecho de los pueblos a vivir libres.

Firmante: Gerardo Milman.